

haria abandonar lo que habia abrazado como buen partido, le envió un escrito compuesto por sus sabios teólogos, siendo los principales el arcediano Meliteniote, Jorge Metochita, y Jorge de Chipre. Mandóle decir al propio tiempo, que no trataba de tiranizar su conciencia, pero que el amor á la verdad que le distinguia debia al menos inclinarle á ilustrarse por sí propio, y á buscarla sin preocupacion alguna. Vecco no era uno de aquellos sectarios que quieren absolutamente y sin mas consideracion que el partido que profesan sea el mejor. Leyó este escrito detenidamente y sin preocupaciones, segun habia prometido. Buscó con sinceridad aquella luz divina que precede siempre á los que la desean, y su claridad hirió al punto sus ojos. Sorprendióse del gran número de autoridades de padres griegos y latinos, en particular de San Atanasio, de San Cirilo y de San Máximo, que hacen proceder el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, ó del Padre por el Hijo; lo que prueba así la union como la identidad de substancia de las tres Personas Divinas. Incapáz de detener cautiva la verdad conocida, dijo sin melindres ni dilaciones, que si las copias y extractos que le habian sido presentados estaban conformes con los originales, haria gustoso lo que pedian de el. El Emperador, satisfecho con una respuesta tan digna de la reputacion del que la daba, le puso al instante en libertad, y le suministró los libros de los padres que disiparon en breve el resto de sus dudas.

Esta alma íntegra y fuerte una vez persuadida, no vaciló nunca en el buen partido, al que por su elocuencia y mas por su ejemplo volvieron todos los griegos, y aun los prelados de oriente que vivian bajo el dominio de los infieles. Sin embargo, ostentó el patriarca Josef toda la temeridad de los genios de su esfera: pero el Emperador convino con él en que se retiraria al punto á un monasterio con el goce de sus rentas: que si el asunto de la union no se concluía con los latinos, volveria á su silla; mas que si llegaba á efecto, en cuya desaprobacion insistia, renunciaria por siempre el patriarcado, lo que se verificó en lo sucesivo, y Juan Vecco fue substituido en su puesto. Respecto á los otros cismáticos obstinados, Miguel Paleólogo usó de un rigor mayor aun, y en verdad escesivo, al menos si no se considera mas que el bien de la union; pues bajo otros puntos de vista no podemos menos de convenir en que sus cábalas, sus conventículos, sus murmuraciones sediciosas, su union rebelde con la Princesa Eulogia, hermana del Emperador, y con María su hija, cismática todavía mas acérrima que su madre; por último, sus ligas con los enemigos del estado y con los mismos musulmanes, les habian merecido los mas duros tratamientos (1).

74. Pero todos estos obstáculos no detuvieron en manera alguna el celo de Paleólogo. Despues de haber tomado entre sus vasallos las medidas y precauciones que le dictó su prudencia, no pensó sino

(1) *Pachim. lib. 6. cap. 1.*

en confirmar su empresa por medio de los embajadores y prelados que hizo marchar para el concilio de Leon. Estos representantes del Emperador Miguel y de su hijo Andrónico, asociado de nuevo al imperio, eran Jorge Acropolita, gran canceller, Pamaréto, guarda-ropa mayor, y el gran intérprete Berrheotes, con algunos de los primeros senadores. Representaba el orden eclesiástico German, patriarca de Constantinopla antes que Josef, y opuesto siempre al cisma; Theóphanes, metropolitano de Nicéa, y algunos de los eclesiásticos mas distinguidos del segundo orden, entre quienes Juan Vecco tenia sin contradiccion el primer lugar. Hiciéronse á la vela á principios del mes de Marzo de 1274, y el Papa, que habia recibido este aviso, hizo en 7 de Mayo en la iglesia de San Juan de Leon la apertura del concilio, contado de ordinario por el catorce ecuménico.

Esta fue una de las mas conocidas y brillantes asambleas que se han visto en la Iglesia. A ella concurrieron quinientos obispos, setenta abades, mas de otros mil prelados, y un número proporcionado de doctores, entre los que se admiraba en particular á San Buenaventura, creado poco tiempo antes cardenal obispo de Albano, y conducido por honor en la misma carroza del Sumo Pontífice. Pero á semejanza del sol cuando llega á su ocaso, despidió esta antorcha de la Iglesia una claridad mas viva en el momento de descender á las tinieblas del sepulcro. A mas de esta multitud de

doctores y de prelados, veíanse junto con los embajadores de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de otros muchos estados católicos, los de los griegos, los de los mismos tártaros y el Rey de Aragón en persona.

75. Convidaron á Santo Tomás de Aquino al concilio lo mismo que á San Buenaventura; y partió con algunas obras que habia compuesto, propias para persuadir ó confundir á los griegos; pero su destino era el no llegar á este concilio (1). Entonces enseñaba la teología en Nápoles, despues que el Rey de Sicilia, quien habia disputado con la universidad de París la posesion de este doctor incomparable, la obtuvo en recompensa de la resistencia de Tomás á aceptar el arzobispado de aquella ciudad. Este Príncipe le asignó alli una pension de una onza de oro mensual, y el santo continuó la tercera parte de la suma hasta el tratado de la penitencia que dejó imperfecto. Apenas hubo salido del reino de Nápoles, cuando cayó enfermo en la Champaña, y conoció que no se volveria á levantar. Retirándose á la abadía de Fossanova, orden del Cister, dijo al entrar á presencia de muchos monges, y aplicándose las palabras del Salmista: *éste es el lugar de mi reposo, ésta es la morada que he escogido*. En efecto, murió en 7 de Marzo de este año de 1274, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia con una devocion que enterneció á todos los asistentes. A tiempo de hacer

(1) *Echard. Sum. pag. 217. et 265.*

su profesion de fe, antes de espirar, declaró que sometia su doctrina y todos sus escritos al juicio de la iglesia romana. Era su edad de unos cuarenta y nueve años; vida bien corta, si se compara con la multitud y escelencia de sus escritos. Su facilidad era tal, que dictaba sobre diferentes materias á tres amanuenses, y algunas veces á cuatro á un mismo tiempo. No obstante, en los diez y siete volúmenes en folio impresos bajo su nombre, se hallan muchas obras que los mejores críticos atribuyen á otros autores. Tuvo un émulo famoso en la persona de un fraile menor llamado Juan Scoto, por sobrenombre el doctor sutil, que se preciaba al parecer de adoptar opiniones contrarias á las del doctor angélico, pero solo en materias indiferentes á la fe. De aquí se originaron las dos escuelas rivales de tomistas y escotistas.

Estudiaba Santo Tomás con tanta aplicacion, que perdía muchas veces de vista todo cuanto le rodeaba. Un dia hallándose en la mesa de San Luis, el que tenia á gloria admitir entre sus convidados á los sábios y hombres virtuosos, dió de repente una palmada sobre la mesa, y dijo: esto es concluyente contra la heregía de Manés. Su prior que estaba comiendo, le tiró fuertemente del manto, advirtiéndole reflexionara que se hallaba en la mesa del Rey. Pidió Tomás perdon al Príncipe; mas el santo Monarca quedó muy edificado de verle tan poco atento á lo que habria envanecido á otros muchos; y haciendo el aprecio mas señalado de todos los pen-

samientos de este hombre singular, llamó al punto á su secretario, y le mandó escribir el argumento contra los maniqueos.

76. Duró el concilio de Leon desde el dia 7 de Mayo hasta el 17 de Julio, en que se tuvo la sesta y última sesion (1). Acabada la primera, en que apenas se hizo otra cosa que las ceremonias de costumbre para la apertura de estas augustas asambleas, el Papa Gregorio, que habia tomado muy á pecho los intereses de la tierra santa, convino separadamente con cada arzobispo y con otros muchos preladados, sobre las imposiciones eclesiásticas y otros medios mas propios para socorrer los restos desgraciados de los fieles de Palestina. Arreglado este primer objeto del concilio, se ocupó Gregorio en la reunion de los griegos, que formaba un accesorio tan considerable. Entonces recibió cartas de algunos frailes menores que habia enviado á Constantinopla, los que habiendo llegado á Roma con los embajadores del Emperador de oriente, le anunciaron su partida para el concilio. Al punto mandó reunir á todos los prelados en el lugar ordinario de las sesiones, donde leyó en público estas cartas, que causaron una alegría increíble; y San Buenaventura pronunció un sermón elocuente sobre estas palabras del Profeta: *levántate Jerusalem, vuelve tus ojos hácia el oriente, y desde la cumbre de las montañas contempla á tus hijos que se reunen desde el oriente hasta el occidente.* Pusieron los griegos el colmo á

(1) Tom. II. Conc. pag. 955. et seq.

la alegría pública, llegando en fin á Leon el dia de San Juan Bautista, 24 de Junio.

77. Todos los prelados del concilio con su comitiva, el vice-cancelario de la santa Sede, el camarlengo con los oficiales del Papa y la servidumbre de los cardenales, salieron á recibir á los griegos fuera de la ciudad, y los condujeron al palacio del Papa. Este los recibió en pie, acompañado de los cardenales, y les dió el ósculo de paz con todas las señales de un afecto paternal. Rindiéronle ellos por su parte todos los respetos debidos al Vicario de Jesucristo, presentaron las cartas del Emperador y de los obispos de oriente, y dijeron que venian á prestar toda obediencia á la iglesia romana, y profesar una misma fe con ella. Asistieron el 29 del mismo mes, dia de San Pedro, á la misa que celebró el Papa en la catedral, en presencia de todos los miembros del concilio. Despues de haberse cantado el símbolo en latin, el patriarca German y los otros griegos lo repitieron en su lengua, y cantaron por tres veces estas palabras: *que procede del Padre y del Hijo.*

El 4 de Julio, una nueva embajada mucho mas pasmosa aun completó la comun alegría. Abaca, Gran Kan de los tártaros occidentales, envió hasta diez y seis embajadores á la asamblea de la Iglesia cristiana, con intento de contraer con ella una estrecha alianza contra los musulmanes. Despues de la muerte de Mangoucan, habiéndose repartido sus dos hermanos Kublai y Houlagon la inmensa esten-

sion del Asia, desde los mares orientales de la China hasta el mediterráneo, obtuvo el sultan de Egipto y de Siria ventajas considerables sobre Houlagon, dueño del Asia occidental, y sobre su hijo Abaca. El objeto de reprimir al enemigo comun de los cristianos y de los tártaros atrajo á éstos al seno de la Europa en busca de la amistad de sus Príncipes. Salieron á recibirles con el mismo aparato que á los embajadores de Grecia, y luego el Papa señaló el dia siguiente 6 de Julio para la cuarta sesion del concilio.

En él fueron colocados los embajadores griegos á la derecha del Papa despues de los cardenales, y los tártaros enfrente junto á los patriarcas. Se leyeron en alta voz las cartas del Emperador Miguel Paleólogo, y de los prelados vasallos suyos. Contenian una profesion de fe, que habia sido propuesta á los griegos por la santa Sede durante el pontificado de Clemente IV, y la adoptaron enteramente. Reconocian ellos con la misma docilidad la primacia de la iglesia romana, prometian no separarse nunca de estos principios, y pedian tan solo la conservacion de aquellos usos que tenian antes del cisma, y que no dañaban en nada á la fe ni á la unidad católica. Hiciéronse estas declaraciones no solamente de parte del Emperador, sino tambien en nombre de veinticinco metropolitanos y de nueve arzobispos junto con sus concilios y los obispos sus sufragáneos; en una palabra, de casi todos los prelados que reconocian al patriarca de Constantinopla.